

18 DE JULIO

H. AYUNTAMIENTO DE JOJUTLA MORELOS 2019-2021



N° 15 MAYO 2020

EL COVID ARRASA PAREJO, NO TIENE PARA CUANDO PARAR



La actual pandemia es más peligrosa que las padecidas en el pasado: la polio afectó a niños en edad temprana; el sida principalmente a quienes tuvieron contacto sexual sin protección. El COVID se contagia a hombres y mujeres de cualquier edad o condición económica y social, enferma, mata, deja sin trabajo y sin ingresos a muchísima gente. De aquí a que se descubra la vacuna, la única manera de controlarla es tomando serias y drásticas medidas :

Quedarse en casa y salir solo cuando sea indispensable.

Utilizar tapabocas o caretas , no aglomerarse y guardad la sana distancia





GABRIEL TEPEPA Y LOS CLAROSCUROS DE LA REVOLUCIÓN

Azael Abdí Vázquez Román

El nombre de Gabriel Tepepa es más conocido que sus hechos. Muchas personas saben de su existencia por crecer en proximidad a una calle, colonia o escuela homónimas a este personaje; sin embargo, el relato de lo que fue su vida suele ser lejano para quienes no gustan de las lecturas sobre historia.

Sobre don Gabriel puede decirse que se ha escrito ya mucho. Diversos autores han retomado su biografía y hechos de armas durante la revolución maderista; pero en pocas ocasiones el relato ha tratado de entender lo que fuera la figura del hombre, más allá del héroe o villano que pudo ser según las formas comunes de los discursos historiográficos. Entonces, se vuelve necesario abordar de forma diferente a significativo personaje. Según se sabe, Gabriel Tepepa nació en Tlaquiltenango el 5 de noviembre de 1841.

Con apenas 21 años, participó en la guerra de intervención francesa entre 1862 y 1863.

Cuando tenía 35 años participó en el levantamiento de Porfirio Díaz contra Benito Juárez, mediante el Plan de Tuxtepec, en 1876.

Posteriormente fue capataz en las haciendas de Temilpa y San Nicolás Obispo en el sur morelense.

Tepepa conocía a fondo el trabajo dentro de las haciendas. Su encargo era el de vigilar a los trabajadores al tiempo en que se entendía con dueños y administradores. Seguramente convivió con ambos estratos sociales, siendo él, por muy alto que fuese su encargo, parte de los desfavorecidos. No sabemos con precisión si tuvo algún otro empleo, pero algunas fuentes re-

fieren que también fue tablero.

Cuando comenzó a gestarse el movimiento antirreeleccionista en Morelos, en el oriente del Estado se organizaron gran variedad de reuniones y clubes políticos para apoyar las candidaturas de Francisco I. Madero a la presidencia de la república, y de Patricio Leyva, a la gubernatura del Estado.

Ante el eventual fraude electoral, algunos grupos se preparaban para radicalizar el movimiento, entre estos grupos estuvo Tepepa, quien conociendo de cerca la problemática agraria y teniendo experiencia en acciones militares, fue uno de los líderes más importantes del periodo pre zapatista.

Tepepa se reunió con Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata en Villa de Ayala después de conocerse la traición de los Leyva. Entonces fue necesario dar una nueva estructura a la organización. Torres Burgos fue designado líder y emisario para entrevistarse con Madero, entre tanto, las fuerzas debían seguir calmas esperando las indicaciones del "apóstol de la democracia". A su regreso, éste repartió nombramientos militares, a Tepepa, quien estaba al frente de un grupo con gente de la zona sur, le tocó el de coronel, que era, en ese entonces, la segunda línea de mando dentro del movimiento.

La figura del coronel Gabriel Tepepa quedó sepultada dentro de la memoria histórica en que sustentan los hechos de la revolución mexicana, ha sido presa de los claroscuros con que se escriben, pues en el afán de justificar aquellos actos en favor de la facción que se supone triunfadora, se construyeron figuras de héroes inmacula-



dos y de villanos feroces. Peor aún fue que dentro de la propia facción ganadora unos personajes fueron jerarquizados por encima de otros. Es intención de este texto reivindicar la figura de Gabriel Tepepa sin caer en la sacralización de su figura; simplemente, se pretende dimensionar la trascendencia de su corta pero intempestiva campaña. Tenía 69 años al momento de tomar las armas revolucionarias maderistas, su trabajo como capataz lo había dotado de liderazgo en la región, situación que lo hizo jefe máximo de hecho de aquellos hombres que estaban bajo sus órdenes. Quizás por esta razón, su reputación trascendió como la de general del ejército maderista y posterior zapatista.

El general Gildardo Magaña, y otros tantos más, reconocen a Tepepa como el iniciador del movimiento armado en Morelos. La noche del

7 de febrero de 1911, la tropa bajo sus órdenes tomó la plaza de Tlaquiltenango. Los hechos son por demás cuestionables: sus hombres se entregaron al despojo y al saqueo de las casas de las familias acaudaladas de aquella población; él, por su parte, capturó al presidente municipal y lo asesinó frente a su esposa e hijos. Además, según relata Antonio Melgarejo, pidió exhibir desnudos en la plaza a los hermanos Reyna, a quienes después acribilló.

A razón de estos hechos surgió una enorme discrepancia entre Tepepa y Torres Burgos, el primero no entendía otra forma de hacer revolución más que por la fuerza y reclamando con violencia la atención necesaria; el segundo, un idealista, pretendía hacer la revolución por medios pacíficos. Ambos se enfrentaron en una discusión que escaló hasta el punto en que tomaron sus armas para resolver el conflicto. Gracias a la intervención de otros presentes, el problema terminó con la deserción de Torres Burgos del movimiento.

En la terna para elegir al nuevo jefe del movimiento estuvieron Amador Acevedo, quien no aceptó por considerarse muy joven; el propio Tepepa, por quien nadie votó, tal vez por entender el problema que podría resultar que el rebelde no tuviera un contrapeso; y Emiliano Zapata, quien finalmente fue electo como general en jefe.

El 24 de marzo los rebeldes tomaron Jojutla, la primera plaza de importancia en poder de los revolucionarios. Allí también hubo saqueo, matanza y violaciones. Los presos fueron liberados y la sociedad quedó dividida, unos a favor de la destrucción de la clase social alta y otros defendiendo lo que con años de esfuerzo, muchas veces ajeno, habían logrado obtener. Tepepa sometió a los ricos de la re-

gión, les impuso préstamos forzosos e hizo respetar su figura a base de temor y violencia.

La mejor descripción del viejo Tepepa la hace alguien que, irónicamente, estaba en contra de la forma en que el coronel dirigía a sus tropas, se trata de Antonio Melgarejo, él menciona a Tepepa como un bandolero, de manos huesosas y encallecidas, y voz aguardientosa. Hombre de carácter fuerte, podemos conocerlo también por la popular foto donde empuña un machete frente a un pequeño cañón de artillería.

Don Gabriel fue víctima del caos que el mismo había generado. Al momento en que Ambrocio Figueroa, líder maderista ya enemistado con los rebeldes morelenses, había tomado el control de Jojutla, se planearon emboscadas y atentados contra los líderes del movimiento suriano.

Federico Morales, militar de las fuerzas de Figueroa, logró engañar a Tepepa para asistir a un banquete en la tienda de los Lamadrid, en pleno centro de la ciudad. Tepepa aceptó muy confiado, asistiendo sólo con algunos miembros de su escolta, lo hizo a pesar de que algunos días antes advirtió a Zapata para no verse con Figueroa en Jojutla porque lo matarían.

Ya estando en la tienda de los Lamadrid, los soldados de Morales cerraron las puertas sitiando el inmueble, lanzaron balazos al interior y capturaron Tepepa y compañía. En esa misma tarde, Tepepa y su escolta fueron acribillados a un costado de la Presidencia Municipal.

La muerte de Tepepa fue la primera gran traición de la revolución en Morelos. Con este hecho como parte del contexto, las relaciones entre Zapata y Madero se rompieron. Madero justificó y aprobó el asesinato por decirle los hombres

de Figueroa que era un hecho necesario por la calidad del actuar del viejo revolucionario.

Poco se ha dicho de la forma en que la sociedad reaccionó a la muerte de Tepepa. Sin duda, hubo un sector que sintió tranquilidad y alivio al saber que su principal amenaza se terminaba; pero otro sector, que hay que decir era más amplio protestó directamente contra Madero, cuando éste, en su regreso a la Ciudad de México procedente de Guerrero, encontró las inmediaciones de la estación del Ferrocarril en Tlaquiltenango las calles tapizadas con papel negro.

Gabriel Tepepa Herrera fue uno de los primeros hombres con experiencia militar en unirse a la revolución. Respetado y temido, fue líder de hecho del movimiento. Si bien sus actos no pueden ser justificados, su biografía sí debe ser reivindicada.

DIRECTORIO:

Lic. Juan Ángel Flores Bustamante
Presidente Municipal

C. Bertha Gómez Ocampo
Síndico Municipal

Regidores:

C. Alejandro Peña Ojeda

C. Carlos Salgado Olvera

C. José de Jesús Pedroza Bautista

C. Carlos Alberto Brito Ocampo

C. Daniel Dircio Sánchez

Oscar Julián Vences Camacho
Cronista Municipal

Nora Celia Domínguez Maldonado
Dirección de Comunicación Social

Israel Rafael Hernández
Coordinador de Diseño e Identidad Institucional



90 AÑOS DE LA COLONIA EMILIANO ZAPATA

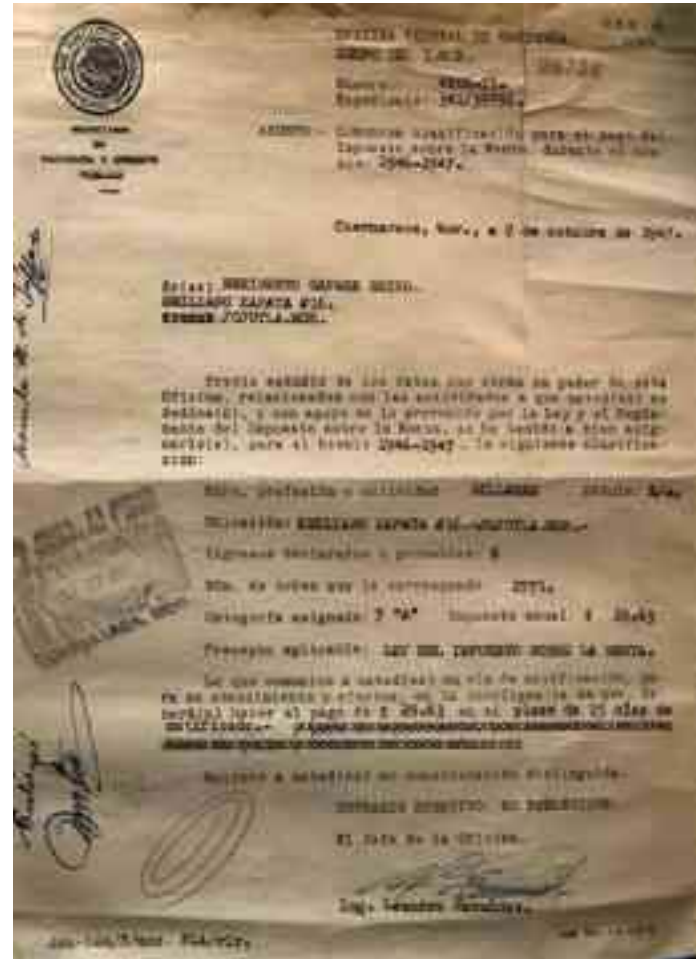
Segunda Parte * Julián Vences

Como dije antes, Rey Pinto acarrea, en aguataadores, agua dulce del manantial de Chihuahuita. Era su modo de ganarse la vida. Pero cuando la colonia entró en la ruta del progreso, sus magros ingresos disminuyeron bastante. Así pasó cuando, en el último tramo de la década de 1950, introdujeron la red de agua potable. El futuro, a Rey, no le pintaba nada bien. La desdicha le azotó con saña: por las calles de la colonia circuló su competencia desleal, el "Agua Bebo", la primera marca de agua de garrafón pregonada en triciclos. Rey, en automático, por su discapacidad, fue excluido de este giro.

Otro cruel golpe más zarandó a Rey: clausuraron los grifos del agua dulce de Chihuahuita.

Rey, ingenioso, encontró otra manera de ganarse unas monedas: en la terminal de "Los Amarillos", plantado en la puerta del urbano listo para salir, con remedos de palabras y torpes ademanes, anunciaba la ruta a recorrer, por ejemplo: "Tnango - tcal - tpé" (Tlaquiltenango-Texcal-Zacatepec).

Por la noche, religiosamente a la misma hora,



Rey llegaba al tendajón de doña Nila y atendido por su nieto Saúl Wences Gaffare y ordenaba su cena de rutina: gansito y cocacola. Era exigente. Si la botella estaba helada, estiraba la mano engarrada con las monedas dentro para que Saúl, que sólo con él y con nadie más era comprensivo y paciente, le estiraba los dedos uno a uno, para tomar las monedas. En cuclillas, recargado en la pared, Rey se deleitaba mordisqueando el gansito, bebiendo a pequeños sorbos y dando ruidosos chasquidos de lengua.

Para Rey el cruel destino había reservado una muerte trágica. Un día, afuera de la terminal de "Los Amarillos", el chofer de un microbús maniobraba para estacionarse; Rey, acomedido, haciéndola de "viene, viene", resbaló de la banqueta: las llantas traseras lo aplastaron, muriendo al instante.

Hojalá a Rey lo hayan sepultaron con dos amigos inseparables: la resortera y el tambor de hojalata.



Nila Mújica Cuevas y Heriberto Gaffare Brito

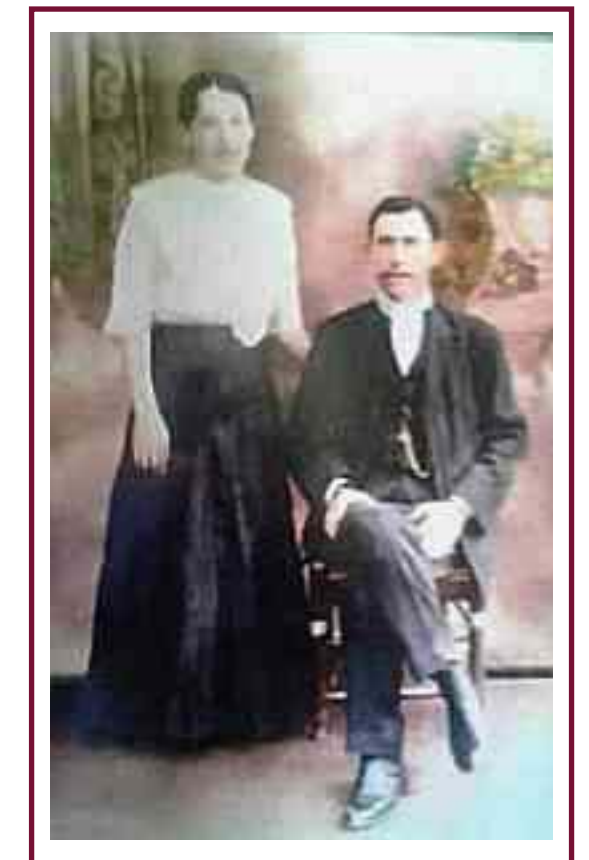
A propósito del tendajón de doña Nila, Ruperto Castañeda Ortiz nos informa que doña Nila y don Heriberto Gaffare, llegaron a la colonia Zapata en el año de 1941, procedentes de Ixcapuzalco, Guerrero con tres hijos (Ramón, Heriberto y Rosa) y compraron la esquina de Francisco I. Madero con Aquiles Serdán a un señor de nombre Aurelio y ahí nacerían Alfredo, Maruca y Susana. Saúl Wences, desde Chicago, nos mandó dos interesantes oficios de su abuelo Heriberto; los papeles respaldan el dicho de Ruperto Castañeda respecto a que algunas calles de la colonia Emiliano Zapata cambiaron de nombre.

El primer oficio, fechado el 17 de enero de 1942 es un "Aviso de Apertura" de Tendajón Mixto sin nombre con un activo de \$50.00, con domicilio en Esq. Guerrero y Galeana (hoy Altamirano y Aquiles Serdán). Al final del documento se agrega que "según aviso de 1 de marzo de 1946, el negocio se trasladó a la esquina de Independencia y Galeana de la misma colonia", es decir, a la hoy esquina de Francisco I. Madero con Aquiles Serdán.

El segundo oficio, fechado en Cuernavaca el 7 de octubre de 1947, de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, informa a Heriberto Gaffare Brito, con domicilio en Emiliano Zapata #16, que a sus Billares deberán pagar anualmente \$29.63 por concepto de impuesto sobre la renta.



Aba Gaffare nos proporcionó la foto de su bisabuelo Ramón Gaffare, de religión católica, quien en el año de 1908, el 1° de septiembre, arribó al puerto de Veracruz, procedente de Alma Chaab, Líbano, casi frontera con Israel, un lugar cerca del mar Mediterráneo, con paisajes de olivo. En Ixcapuzalco, Guerrero don Ramón contrajo matrimonio con doña Deligoria Brito (Mamá Deli).





EL JARAMILLISTA PEDRO GARCÍA VELAZQUEZ

Segunda Parte * Julián Vences

“Suba”, me señaló la caseta de teléfono.

Temiendo que la oficina estuviera en manos de la gente que nos secuestró, pedí que me comunicaran a la sede de Aragón y León; en eso escuché que un policía comentaba: “A las afueras del pueblo encontraron hace rato el cadáver chincoto de un anciano desconocido”.

Lloré en silencio, sentí un gran pesar. El viejito zapatista había salido ileso de incontables combates durante la revolución de 1910. Él pudo haberse retirado y dedicarse a cultivar su parcela de tres hectáreas que le daba lo suficiente para vivir él y su esposa, pues no tuvieron hijos.

“Bueno, diga qué se le ofrece, bueno, bueno”, contestaron. Enmudecí. Reconocí la gruesa y enérgica voz de mi hermano Cirilo. Suspiré profundamente. “Bueno, bueno, conteste, ¿quién es?, ¿qué desea?, bueno, bueno”.

“Soy yo mano, estoy vivo, vengan por mí, estoy en la Cruz Roja de Amecameca; a tío Luis lo quebraron”.

Turnaron mi caso al Ministerio Público, un tipo mal encarado, con señas inconfundibles de la cruda: ojos irritados y aliento a chicozapote podrido.

“Que se me hace que usted mismo mató a su compañero.”

“Éramos buenos amigos, ya lo verá, no tarda en llegar su esposa, ya le mandé avisar”.

“Y ¿quién le autorizó a llamarles?”, protestó.

“El regidor de hacienda”, le informé.

“Por qué carajos se meten en lo que no les incumbe; seguramente usted ya preparó su sainete. Lo consignaré al juez penal de distrito; para mi que usted es, por lo menos, cómplice de asesinato”.

Dictó a una secretaria mi suelta declaración.

“Órale, fírmelo”, ordenó.

“Primero déjeme leer qué dice”, dije.

“Dije que firme”, gritó.

“No firmo; si ni siquiera he rendido mi declaración”, respondí.

“Ah, qué cabrón; después de que mata todavía se opone a la autoridad. Esto le va a costar caro”, amenazó.

Para mi dicha el regidor de Hacienda entró a enterarse de mi asunto; lo puse al tanto y se apartó para hablar con el agente del ministerio; sabrá Dios que le haya dicho, la cosa es que el agente rompió los papeles y ordenó a la secretaria que escribiera lo que yo declarara.

A medio día llegaron Carmelita, esposa de tío Luis, Cirilo y Fernando Pérez. La viuda tenía más de 70 años, se veía deshecha, pero ahogó el llanto, llevaba sus naguas negras, la cabeza cubierta por el rebozo de Santa María; curtida por los años de revolución, había resistido penas mayores pues le mataron a su padre, a sus hermanos y al único hijo. Me abrazó. Sollozó un rato, se limpió la nariz con la punta del rebozo. Lágrimas

solitarias le escurrían de vez en cuando.

A mi hermano Cirilo le di tres o cuatro números telefónicos de las oficinas henriquistas, me los sabía de memoria, por precaución yo nunca cargaba papeles con anotaciones.

El cuerpo de tío Luis ya lo tenían en el anfiteatro. No me permitieron verlo. Cirilo y Carmelita lo identificaron. Por la autopsia supimos que tres piquetes de arma punzante perforaron su cansado corazón. Quedé a disposición de una juez a quien le solicité un chequeo médico.

“Nada grave te pasa, pero para prevenir una infección te recetaré penicilina inyectada cada seis horas”, me aseguró el doctor.

“Póngame por favor la vacuna antitetánica”, pedí.

“No la necesitas”, respondió.

“Pero el auxiliar de guardia dijo que la necesitaba”, insistí.

“Aquí mando yo, no él”, dijo, en tono tajante.

Por más de tres horas, ante la juez, ratifiqué y amplié mi declaración. Me envió en calidad de detenido a los separos de la penitenciaría.

“Mañana se definirá su situación jurídica”, indicó.

Corrí con la suerte de que el jefe de la cárcel era morelense y sabía inyectar; me consiguió un catre. Angustiado por el posible derrame interno y la amenaza del tétanos, pasé una mala noche, sufrí dolores intensos en el pecho.

Mis camaradas jaramillistas se movilaron rápido y bien. Henríquez Guzmán instruyó a un licenciado para que me defendiera. Al día siguiente, cuando llegó el abogado, ya me acababan de liberar.

“Traigo órdenes de Jaramillo de llevarte a México”, me anunció. Carmelita y Fernando se quedaron a esperar que les entregaran el cuerpo de tío Luis para enterrarlo ahí, en Amecameca. El abogado me llevó primero a las oficinas de Donato Guerra #10 esquina con avenida Reforma. Ahí rendí un informe verbal a un tal Vargas Lugo, dirigente del movimiento henriquista, luego nos trasladamos a la casa de un simpatizante en la colonia La Malinche, donde estaba Rubén en compañía de varios compañeros. Me recibió con un abrazote, levantándome en vilo. Todos rieron. Yo no pude ocultar

mi tristeza.

“Anda mano, ya no pienses en lo pasado; lo bueno es que ya estamos juntos nuevamente. ¿Qué, no te da gusto?”.

La verdad yo estaba muy triste; la muerte de tío Luis me dolía como si fuera de mi familia.

“Vamos a ver al general Henríquez, nos espera; quiere que tú le platiques detalle por detalle los sucesos”, me indicó Rubén.

Yo ya conocía al general. Vivía en San Ángel, cerca del monumento a Álvaro Obregón. Tocamos el enorme portón de madera labrada.

“Pasen, el general los espera”, nos dijo el portero, quien luego de cerrar, se nos adelantó, para avisarle a su patrón.

El general salió a recibirnos, nos tendió la mano.

“Pásenle, tomen asiento”.

Sobre su escritorio estaba visible el periódico “Excelsior”

de ese día, 26 de julio de 1952; en primera plana, con letras grandes decía: “Asesinan a dos henriquistas-jaramillistas morelenses”.

Me desabotoné la camisa para que viera los piquetes.

“Lo ocurrido en Morelos sucede en todo el país; el gobierno dice que hay garantías, pero no las respeta”, expresó enfurecido el general.

“¿Qué sigue general? —preguntó Rubén— Están asesinando a nuestra gente”.

“Ya protesté enérgicamente ante gobernación; exigí respeto al artículo 39 de la Constitución e hice hincapié en que tenemos derecho a expresarnos y a organizarnos libremente. Una delegación ya se fue a Washington, para presentar una queja ante los organismos internacionales”.



Veteranos y veteranas jaramillistas, en el zócalo de Tlaquiltenango, un 23 de Mayo, en homenaje a Ruben Jarmillo.





EN RECUERDO DEL JARDIN DE NIÑOS “LEONA VICARIO”

Julián Vences

La madrugada del 28 de julio del 1957 yo dormía a pierna suelta. —¡Los niños!, ¡ayúdenme con los niños! —gritaba aterrado mi padre.

De un jalón brutal, mi hermano Gilberto me arrancó de la cama. —¡Dios mío, apiádate de nosotros! —imploraba mi madre y rezaba en voz alta el Padre Nuestro.

En un santiamén, a media calle, la familia entera, abrazándonos unos a otros, entre rezos y sollozos, soportamos la tremenda sacudida y el espantoso estruendo subterráneo, como si gigantes taladros perforaran el piso debajo de nuestros pies.

—¡Es el fin del mundo, sálvanos virgencita de Guadalupe! —gritaba



Ernesto Parra Solis nos comparte esta foto donde aparece su padre Ernesto Parra Flores en el festival del 10 de Mayo de 1944.



taba histérica mi hermana Teresa, hincada, con los brazos en cruz.

Escuchar que era el fin del mundo, como aseguraba mi hermana, me aterró. Fue el primer gran susto de mi tierna vida.

“Es uno de los peores terremotos habidos en México; en la capital del país el saldo es de más de 700 muertos, se cuentan por miles los heridos, se cayó el Ángel de la Independencia”, escuchamos en la mañana por la XEW radio. Sentí un pavor descomunal. En ese preciso momento se afincó en mí la diaria zozobra de que volviera a temblar y, ahora sí, se acabara el mundo. Minutos después tuve un segundo ataque de pánico:

Miguel y yo recién habíamos ingresado al Jardín de Niños “Leona Vicario”; pasadas las ocho de la mañana, Martha, nuestra hermana mayor, nos acicalaba para llevarnos al kinder. Con su mano izquierda me sujetaba la barbilla y con la derecha trazaba la raya en el pelo. Yo miraba

al cielo. Noté que las nubes se movían. Horrorizado, relacioné ese desplazamiento con “el fin del mundo” al que mi otra hermana se había referido como consecuencia del terremoto.

—¡Martha, el fin del mundo!, ¡mira, las nubes se están moviendo rápido! —grité aterrado, levemente mareado.

—Tranquilo, no pasa nada, las nubes se mueven por el viento que sopla antes de llover —me serenó Martha.

De ese día, otra escena más quedó indeleble en mi memoria: En fila india, guiados por la maestra Chabela Ocampo, cruzamos el puente del río Apatlaco y paseamos por los verdes campos del Momoxtle; a la vera de angostos apantles, recorrimos las parcelas y admiramos cómo, los campesinos, regadera en mano sobre los achololes, hacen germinar semillas de arroz, tomate, jitomate para después trasplantarlas en tierras de cultivo.



ESTACION DEL TREN CHIQUITO CUAUTLA – PUENTE DE IXTLA

Julián Vences

En el piso de arriba, a fines de la década de 1950, por una temporada, vivió ahí mi tía Guadalupe Román Rebollar (Lupe La Palmera). Varias veces la visitó mi padre y, alegres, yo y mis hermanos lo acompañamos.

Afuera de la estación, por el lado de la carretera, fluía un anegado apantle de aguas negras y espumosas, en las que atrapábamos tortugas indefensas a las que, con infantil crueldad, les poníamos una braza en la espalda para obligarlas a correr.

A las 5 de la tarde en punto llegaba el tren que venía de Cuautla; diez minutos antes, en el andén, sentada de espalda a la pared, doña Margarita Ortiz Irazoque (Mago La Totopera), sentada en su pequeña “silleta”, esperaba a los clientes asiduos y ocasionales que le compraban dulces golosinas naturales que ella misma preparaba: panochas, semillas largas de calabaza, cocadas, tejocotes en conserva, guacamote con piloncillo, pinole y totopos.

Después que el tren partía, ella recogía su ligera mercancía, se la echaba en la cadera y se iba a sentar a la entrada oriente del mercado, frente a la refresquería Los Volcanes, propiedad de doña Aurora Ramírez la mamá de Meche, Chabelo y José Hernández, el que fue notario. Burlando la vigilancia del garrotero, nos trepábamos al tren, en el momento que se echaba de reversa, para encaminarse a Puente de Ixtla. Intrépidos, nos bajábamos cuando agarraba velocidad. De milagro nunca nos



accidentamos.

Mi prima Teresa Benítez afirma que ahí vivió los días más bonitos de su niñez: “Esperábamos con ansias que llegara el tren, pues poníamos corcholatas en el riel, para que las aplanara; con ellas jugábamos al retache. Una vez, María Victoria, mi hermana mayor, se subió al tren cuando no pudo bajarse a tiempo y fue a dar hasta Ticumán. De allá, por telégrafo, le avisaron a mi madre que fuera a recogerla y le dió una regañada”.

Walfre Peña Prisco agrega: “Yo también tengo bonitos recuerdos. Mi mamá, Juana Prisco

Abúndez vivió un tiempo en la estación, mi abuelo Antonio Prisco Figueroa era trabajador ferrocarrilero. Mi madre recuerda que las noches de sábado organizaban bailes en el andén de la estación.

Humberto Rivera comenta: “El tren pasaba a San Carlos, y mi padre, Cirino Rivera Flores, agente de correos, diariamente esperaba al tren Cuautla-Puente de Ixtla”.

Refiere Paula Aquino Celis que una señora le contó que allá por 1953, de Puente de Ixtla a Jojutla, el tren cobraba diez centavos.





EN 1997 MATARON AL TREN EN QUE IBAMOS A COCULA

Julián Vences

A fines de los años 50 del siglo pasado, en vacaciones de mayo y en días de muertos, Miguel y yo íbamos con mamá Gutiérrez a su pueblo. Preferíamos viajar en ferrocarril, para vivir una aventura de seis horas. A la una de la tarde, en la estación Juan Pagaza de Zacatepec, en ambiente de jolgorio, ansiosos, a trompicones, abordábamos el tren venido del Distrito Federal. Caminábamos como equilibristas por los vagones en movimiento; en cada estación —Puente de Ixtla, Santa Fe, Buena Vista de Cuéllar, Iguala— sacando medio cuerpo por la ventanilla, aceptábamos gustosos las ofertas ofrecidas por un coro de pregoneros: enchiladas rojas aderezadas con queso en polvo, rebanadas de cebolla, jitomate, rábano y tiras finas de lechuga; tacos de arroz con huevo duro o con torta de papa; jugosas jícamas con chile, refrescantes nieves, raspados; disfrutábamos la travesía por barrancas, desfiladeros, túneles, cañadas, llanos. Regocijados de emoción, percibíamos que el paisaje —tierras áridas donde las reses rumiaban el rastrojo dorado de milpas secas— iba quedando atrás, que tú permanecías fijo, mientras todo lo exterior se mueve en reversa.

A Cocula, un pequeño poblado de calles sin pavimento ni drenaje, llegábamos a una casa ubicada en un callejón empedrado, a escasos cuarenta metros del río. Era la ruta por donde día y noche descendían, a beber agua, caballos, mulas, burros,



Este fue uno de los trenes que cubrió el trayecto México -Balsas

vacas, cerdos. Las piedras del callejón, embarrado de oloroso estiércol, lucían lisas por tanto casco que las acometía. La corrosiva orina formaba pequeños charcos espumosos. La fetidez era respirable porque los desechos de las bestias carecían de residuos químicos.

La casa en que nos alojábamos tenía paredes de adobe encajado, techo de horcones, tablas y tejas, tranca rechinadora de madera cortada a machete y hacha. Allí vivía su hermana Paula, espigada, morena, madre de Leocadio, Silvano, Chuchín y Paula. Al fondo del solar, una troje para almacenar maíz, con tres metros de diámetro por cinco de alto, construida con varas entrelazadas, revocadas con arcilla roja apelmazada con zacate seco, donde descalzos, nos permitían jugar a los clavados, con la condición de tener lim-

pios los pies.

En el patio, amplio, apisonado, bajo la fronda fresca de un tamarindo gigante, centenario, cuyo tronco medía cuatro me-



El Puente de la Mano Antigua estación de Iguala, Guerrero

tros de grosor, temerarios, trepábamos a sus elásticas ramas bajas, mientras otros las jalaban hacia el suelo, para luego soltarlas y el que no se afianzaba, por allá lejos caía despanzurado.

Miguel y yo nos disputábamos la oportunidad de extraer agua del angosto y profundo pozo. Devorábamos docenas de mangos criollos, verdes o maduros, obtenidos de árboles de dos casas vecinas deshabitadas.

En días de muertos saboreábamos tamales de elote tierno, tlaxcales, tlaxcasoles semiamargos, pan de muerto espolvoreado con azúcar roja, carretillas de sal, pan de arroz en caja, hojaldras de huevo con ajonjolí espolvoreado en las canillas; cocido, todo, en el horno de leña de doña Baldomera, la corpulenta hermana mayor de mamá Gutiérrez, quien vivía enfrente, esposa de don Reyes, el músico del pueblo.

En otra ocasión, Miguel y yo vimos un nopal cargado de tiernos frutos. Antojadizos y pendejos, cada uno arrancó una tuna; ni siquiera una mordida pudimos concluir, a causa de la infame enguatada que sufrimos en

manos, labios, lengua y paladar. Doloroso sufrimiento. Lloramos inconsolables horas eternas; mamá Gutiérrez frotó su cabello en nuestras zonas afectadas para desprendernos las centenas de tortuosas espinas invisibles. Qué martirio.

En la tienda de pueblo despachaba don Agustín, un anciano calvo, bonachón, embutido en mandil de gabardina. Sobre el mostrador de madera maciza pintada de verde reposaban: un canasto de pan cubierto con una manta de algodón, dos vitroleros (uno con aceitunas y otro con cueros encurtidos), frascos horizontales con golosinas (galletas de animalitos y marías, pirulís, tehuanos, dulces de anís, duras y piramidales cocadas, bombones, toficos chiclosos envueltos en papel celofán azul, rojo o verde) y una pequeña vitrina con tela de alambre para proteger de las moscas los quesos frescos y de cincho. Recargada en la pared, la estantería de madera, pintada de azul cielo, repleta de mercancía a la espera de clientes: alimentos enlatados y empaquetados: harina, arroz, maicena, avena, sardinas, atún, chiles en vina-

gre, jabón en pastilla o en polvo. Además, era tlapalería, jarciería, huarachería, sombrerería, botica, veterinaria, vinatería. Por largas horas, desnudos, zambullíamos nuestra inocencia en las superficiales, cristalinas y mansas aguas del río que corría, sin prisa, cincuenta metros abajo de la casa de tía Paula. Con castoras manos, escarbábamos sobre la arena fina, apilábamos piedras lisas para construir diques y pozas. Una ocasión, algún escuincle alarmado, gritó: «La crecida, la crecida». Un horrendo estruendo nos hizo voltear la mirada: a escasos cien metros venía, hacia nosotros, a toda velocidad, un furioso tsunami, arrastrando con mortífero estrépito, piedras, palos, ramas, troncos. Por milésimas de segundos salvamos el pellejo, pero no la ropa. Sin más remedio, corrimos chincotos; avergonzados, entramos veloces a casa, cubriendo con las manos nuestra incipiente masculinidad. En el interior había seis mujeres. Todas se cargarían. Sus burlas me sonaron tan espantosas como la turbulenta ola que segundos antes estuvo a punto de matarnos.



Antigua estación de Iguala, Guerrero





ANTE LA DRASTICA CAÍDA DEL TRABAJO Y EL INGRESO DE NUMEROSAS LAS FAMILIAS, LAS AUTORIDADES ENTREGAN GRATIS Y CONSTANTEMENTE TAPAS DE HUEVO Y DESPENSAS BÁSICAS

